

A man with dark hair, wearing a dark blue suit, white shirt, and dark tie, stands in front of a lush green hedge. He is looking slightly to the right of the camera with a serious expression. The background is a dense wall of green leaves.

# JOSÉ MARÍA AZNAR

---

## El compromiso del poder

MEMORIAS II

JOSÉ MARÍA AZNAR

# EL COMPROMISO DEL PODER

*Memorias II*

# Índice

<i>Prólogo: Mayoría absoluta</i>	11
----------------------------------	----

## 1

### Una España fuerte en el mundo

España, Europa y el Atlántico	29
En el corazón de Europa	35
El vecino del sur	53
Gibraltar	59
Perejil	65
Reconciliaciones	70

## 2

### La comunidad iberoamericana

Las cumbres	73
Regreso a Cuba	75
Las distintas caras de Chávez	80
Al rescate de Argentina	85
El gran cambio colombiano	91
La boda de Fox	102

La palabra de Lula	104
Un amigo de Chile	106

### 3

#### **La alternativa al nacionalismo**

ETA reanuda su campaña de exterminio	111
El Pacto Antiterrorista	118
La alternativa constitucionalista como expresión de la normalidad democrática	122
El «modelo Maragall»	130

### 4

#### **«España va bien»**

La alternativa de centro reformista	133
Estabilidad	138
Libertad	141
La revolución del empleo	149
Una clase media reforzada	159

### 5

#### **La cultura y la creación**

Una gran potencia cultural	165
«¡Era verdad!»	166
Las pasarelas de la moda	170
<i>Arte</i> , <i>Aub</i> y <i>Netanyahu</i>	171
En la Huerta de San Vicente	174
El cine	175
La política para la cultura. El Prado	181

## 6

### El Gobierno y la Iglesia

La importancia de la Iglesia	187
Juan Pablo II	190
La relación con la Conferencia Episcopal	197
En defensa de la vida	208

## 7

### La historia se reanuda

El terrorismo, amenaza global y amenaza común	216
Afganistán	221
El accidente del Yakovlev-42	224
España en los Balcanes	227

## 8

### «A por ellos»

Un nuevo impulso internacional	233
Sólo con la ley pero con toda la ley	240
La Ley de Partidos Políticos	246
La ilegalización de Batasuna, «una necesidad imperiosa»	255

## 9

### Irak

Una decisión estratégica	261
El marco legal y el entorno internacional	266

Chirac, Schroeder y Putin	270
Entre México y Crawford	274
En las Azores	277
El debate en España	282
Victoria en las urnas	288

## 10

### Mis diarios del 11-M

Introducción	291
Diarios	292
<i>Epílogo</i>	317
<i>Agradecimientos</i>	329
<i>Índice alfabético</i>	331

## CAPÍTULO I

# Una España fuerte en el mundo

### **España, Europa y el Atlántico**

El martes 12 de junio de 2001, George W. Bush, que ocho meses antes había ganado las elecciones presidenciales norteamericanas, iniciaba su primera gira por Europa como presidente de Estados Unidos. Contra todo pronóstico y todo precedente, lo hacía en Madrid. El valor político y simbólico de aquella decisión no escapó a la mayoría de las cancillerías europeas, que la recibieron con una mezcla de asombro y desconcierto. Era la primera vez que algo así ocurría, y especialmente los británicos, los franceses y los alemanes se preguntaban qué estaba ocurriendo en España para que un hecho político de esa importancia estratégica se hubiera producido. Los británicos, porque esperaban hacer valer su relación especial con la primera potencia del mundo. Los franceses y alemanes, porque su tamaño e influencia eran muy superiores a los de España. Todos tomaron nota. Todos eran conscientes de que el gesto no era fortuito y de que anticipaba cambios significativos en el tablero de las influencias internacionales. Cambios, sobre todo, buenos para España.

España había iniciado con la Transición un camino de recuperación de su posición en el mundo. En los primeros años, había tenido que dedicar muchos esfuerzos a llamar a las

puertas de otros países y de los distintos organismos internacionales. Era una tarea colectiva, de interés estratégico nacional, y tuvo consecuencias en la política interna: el consenso en política exterior se elevó a nivel de categoría y el PSOE, que había abanderado las manifestaciones contra la OTAN, acabó reorientando su posición hacia el atlantismo originalmente defendido por la UCD y por AP.

Una vez reconocida como interlocutora y aceptada en las instituciones, el segundo reto de España había sido hacerse notar. Para conseguirlo, había tenido la ventaja de que no representaba una amenaza real para nadie; España era entonces un país sin aristas, y su proceso de transformación política y constitucional generaba admiración y simpatía en mucha gente. El resultado, entre otras consecuencias, fue una notable presencia de españoles en cargos internacionales de relevancia.

Y, sin embargo, la posición de España tenía aún claras limitaciones. Venía definida por reglas no escritas pero respetadas escrupulosamente tanto interna como externamente. Por ejemplo, se daba por hecho que en las reuniones europeas los representantes de España hablarían en el quinto lugar. Como se daba por hecho que España asumiría una posición complaciente frente a Estados Unidos y un tanto paternalista con Iberoamérica, por supuesto sin reconocer abiertamente lo uno ni lo otro.

Nosotros llegamos al Gobierno con una visión distinta de la política exterior y del papel de España en el mundo. Si tuviera que resumirla, diría que nos propusimos fortalecer la dimensión atlántica de España en una Europa, por definición, también atlántica.

La decisión de fortalecer la dimensión atlántica de España tenía, en mi caso, un componente de convicción personal, otro de visión o interpretación histórica, y un tercero de cálculo estratégico.

Yo no puedo entender a España —su cultura, su historia y su identidad— sin el Atlántico. España se forjó como Nación coincidiendo con la exploración y el descubrimiento de América. España alcanzó la modernidad política con un proyecto de libertad elaborado por españoles de «ambos hemisferios», en feliz expresión de la Constitución de Cádiz. Y España tiene en el Atlántico, punto de encuentro con Iberoamérica, su ámbito de proyección más extenso, más prolífico y más evidente.

Lo mismo puedo decir del conjunto de Europa. Europa es para mí incomprensible al margen de lo que significa el Atlántico. Europa y Norteamérica están unidas por valores comunes muy profundos y esenciales: las libertades individuales, la democracia representativa, el Estado de derecho, la economía de mercado y la sociedad abierta. Si Estados Unidos no se entiende sin sus raíces filosóficas, políticas y sociales europeas, la Europa de hoy —la Europa unida y en paz surgida tras la segunda guerra mundial— tampoco puede explicarse sin la contribución decisiva de Estados Unidos. Juntos, europeos y norteamericanos fuimos capaces de derrotar a los dos grandes enemigos de la libertad: el fascismo y el comunismo. Y juntos, europeos y norteamericanos podemos hacer frente a los nuevos desafíos que plantea un mundo abierto, globalizado y competitivo. Ésa era mi visión entonces y lo sigue siendo ahora. El Atlántico es, para Europa, la garantía más sólida de liderazgo, la oportunidad más cierta de prosperidad, prestigio e influencia internacional. Y para España, por supuesto, también. Nuestro futuro pasa por aquí.

Esta visión no era compartida por todos los dirigentes europeos. Había quienes insistían en poner el énfasis en el papel desempeñado por el núcleo mismo de la construcción europea, al margen de la influencia o las aportaciones atlánticas. Como si las dos cosas fueran incompatibles.

La historia de Europa desde la segunda guerra mundial es, en buena medida, la historia de la construcción de la Unión Europea. Esa construcción no puede comprenderse si no es sobre la base del vínculo que une América —en este caso Estados Unidos— con los países europeos. Sin ese vínculo, que la segunda guerra mundial reforzó, no hay forma de imaginar la prosperidad de los países europeos democráticos a partir de los años cincuenta. La voluntad y el proyecto son europeos, pero el apoyo y la defensa ante el bloque soviético vienen —también— del otro lado del Atlántico. La caída del Muro de Berlín se debe también, en gran parte, a la actitud norteamericana. A partir de ahí llega la reunificación alemana, la desaparición de la URSS y la recuperación para la Europa democrática de los países sometidos al totalitarismo soviético. También en esto el papel de Estados Unidos resultó crucial, como lo saben bien nuestros amigos de Polonia, de la República Checa, de las repúblicas bálticas y de otros muchos países. La gran ampliación de la OTAN continuaba esa relación y ampliaba el compromiso de los norteamericanos. Esa voluntad, esa visión siguen estando en el origen de la Europa que conocemos hoy en día.

Mi concepto de la Europa atlántica se basa además en la historia y la experiencia de España, que siendo como es un país volcado en el mar, una gran potencia naval desde el siglo XVI, incorporó a Occidente buena parte del continente americano y la margen oriental del océano Pacífico. En contra de lo que muchas veces se piensa, es eso lo que contribuye a hacer de España un país aún más esencialmente europeo de lo que lo es por situación y por historia. España, desde este punto de vista, no se limita a ser un país europeo más. Es uno de los países que más ha contribuido a la construcción de Europa en los siglos en los que la Europa actual se estaba gestando. De esa dimensión atlántica de España surge mi convicción de

que Europa no puede dar la espalda al atlantismo sin traicionarse a sí misma.

Esta convicción me conduce naturalmente y más allá de nuestra rivalidad histórica a adoptar una nueva visión en la relación con el Reino Unido, que es otro de los países que representan esta dimensión atlántica europea. Me sentía a gusto con los representantes de un país con el que compartimos esa visión y esa historia, y siempre he estado convencido de que los dos tenemos mucho que ganar si profundizamos nuestra relación. Esa misma convicción atlántica me llevaba también a intentar aproximar España a los países europeos que se habían incorporado recientemente a la democracia y que tenían una experiencia muy directa de lo que significa el lazo atlántico y de lo que podría haber significado su inexistencia... Es posible que, en los primeros años después de la caída del Muro de Berlín, la seguridad que les proporcionaba la OTAN fuera tanto o más importante que el ser miembros de la Unión Europea.

Mi visión de la Europa atlántica y continental se deduce por tanto de una visión de Europa, de una visión de España y de la voluntad de incorporar nuestro país al núcleo decisivo de Europa, que no puede dejar de tener en cuenta el pacto atlántico. Yo siempre he avalado y sigo avalando los valores que sostienen el pacto atlántico: la libertad, la democracia, la ley y la seguridad jurídica... Son esenciales para España en todas las dimensiones: en la relación de nuestro país con Iberoamérica, en la presencia de España en la propia Europa y, además, y dada nuestra posición geográfica, en nuestra relación con el norte de África y Oriente Medio. En este ámbito también teníamos que poner en valor nuestra dimensión atlántica, porque es eso lo que nos distingue de nuestros vecinos europeos y lo que nos proporciona, o nos debería proporcionar, una capacidad de maniobra que no tiene el resto.

Todo esto quedó muy claro durante una visita a Jacques Chirac en el Palacio del Elíseo, en febrero de 2003, en pleno debate sobre la intervención en Irak. Hubo un almuerzo en el comedor oficial del Elíseo, donde los franceses expusieron con absoluta claridad la idea de que existen dos Europas: una «Europa atlántica» y otra Europa que llamaban «europea», como si la primera no lo fuera. Pero había más, y es que estas dos Europas eran incompatibles. Los franceses sabían cuál era la suya, aquella en la que ellos tenían más influencia. Ésa era la Europa que iban a apoyar y reforzar. Así que si nosotros optábamos por la «Europa atlántica», deberíamos asumir las consecuencias de quedarnos al margen. Fue un almuerzo bastante tenso. Después lo he comentado alguna vez con Jean-Pierre Raffarin, con quien tuve y mantengo buena relación, que era entonces el primer ministro, y lo recuerda con espanto, porque lo que escuchaba de Chirac era una amenaza de exclusión de la Europa atlántica, que es, históricamente, la Europa verdadera.

Chirac insistía en que no veía ninguna posibilidad para una Europa distinta, ahora que habíamos creado el euro y el mercado único. Decía que no entendía nuestra posición porque el eje de la Unión seguía siendo el de siempre, la relación entre Francia y Alemania. Eso no podía cambiar y, de hecho, no iba a cambiar. Los demás socios, y los que se habían incorporado después, tenían que ser conscientes de que eso constituía la naturaleza misma de la Unión. Si nosotros queríamos hacer algo distinto, nos colocaríamos fuera del proyecto europeo. También hablamos de Estados Unidos, un asunto en el que Chirac, cada vez que nos veíamos, se mostraba más y más obsesivo. Ni entendía a los norteamericanos ni se esforzaba por entenderlos. Parecía considerarlos seres irracionales, incapaces de comprender nada.

Recuerdo que en un momento determinado, para ver si

conseguía hacerle recapacitar sobre nuestra posición desde otro punto de vista, le pregunté qué haría él si hubiera cuarenta millones de francófonos en Estados Unidos, como había cuarenta millones de personas que hablaban español como lengua materna. Entonces se paró, pensó un momento y me dijo que era una cuestión interesante. Le pregunté entonces si su posición, en tal caso, seguiría siendo la misma. «Permíteme creer que no», añadí. Por esta razón, entre otras, me he opuesto siempre a la denominada «excepción cultural», tan querida por los franceses y por una parte de la izquierda española, que parece no comprender dónde se encuentran los intereses de la cultura en español.

En aquel momento habíamos alcanzado una diferencia de opiniones y de intereses de tal categoría que derivó, sin que yo lo quisiera, en enfrentamiento. Había llegado el momento de establecer con claridad si los europeos éramos o no solidarios con Estados Unidos, que se sentían amenazados en su seguridad, en relación con la crisis de Irak. Yo pensaba, como ya he dicho muchas veces, que el pacto atlántico nos llevaba a mantenernos junto a nuestros aliados norteamericanos, aunque no participáramos en las operaciones, como sí hizo el Reino Unido. En mi opinión eso no entrañaba ninguna contradicción con el proyecto europeo; al revés, era una expresión del ideal europeo. De hecho, nosotros estábamos ya en el corazón de Europa con una presencia y una influencia que hacía mucho tiempo que no teníamos.

### **En el corazón de Europa**

La Unión tenía dos pilares fundamentales, el mercado único y el euro, y nosotros estábamos en los dos. También habíamos sido agentes activos en algunas de las políticas nuevas más

importantes, como eran la política de libertad, seguridad y justicia y la política de inmigración. Como consecuencia de la actitud de los Gobiernos españoles en las negociaciones de los tratados, la voz de España se oía con fuerza y se escuchaba con respeto. Teníamos por tanto un mayor peso institucional, y nuestra posición también era mejor que nunca porque gracias al esfuerzo que habíamos hecho nos respaldaba una situación económica saneada y boyante. En la Unión nos escuchaban y habían empezado a tener muy en cuenta lo que decíamos porque nuestra posición era clara, enérgica y consistente. Nada de esto había sido fácil de conseguir, pero se hizo. Así lo entendieron los principales interlocutores europeos del Gobierno: Jacques Santer y Romano Prodi en la presidencia de la Comisión; y Pedro Solbes y Loyola de Palacio, comisarios españoles. Loyola fue un apoyo muy importante para España en las instituciones europeas, especialmente con motivo del accidente del *Prestige*. Como vicepresidenta de la Comisión y comisaria de Transportes, su esfuerzo ayudó a que la respuesta de las instituciones fuera muy eficaz y produjera muy buenos resultados, como pudo comprobarse poco después.

El caso del *Prestige* podría situarse en algún otro capítulo de este libro. Pero no me interesa tanto la grosera manipulación partidista de aquella catástrofe cuanto la consideración de algunos aspectos de esta desgracia con la perspectiva del tiempo. El hundimiento del *Prestige* y la marea negra que produjo fue una catástrofe de una enorme fuerza icónica, más intensa aún por el tiempo que transcurrió desde la rotura del casco, la fractura y el hundimiento del barco hasta la llegada del crudo a las costas. Reconocí en su momento errores iniciales al valorar el impacto político y social del accidente, pero no escatimamos ni esfuerzos ni medios, todos los disponibles, para paliar una catástrofe ante cuya dimensión teníamos muy pocas opciones. Creo que acertamos en las decisiones funda-

mentales, entre ellas alejar el barco en vez de intentar remolcarlo hasta el puerto de La Coruña. Era inimaginable el daño que se podría haber producido si se hubiese adoptado esta medida. Se llevaron a cabo con razonable eficacia la gestión de las ayudas a todos los afectados y las actuaciones para la recuperación de la costa. Habría que recordar alguna de las profecías apocalípticas que se hicieron y comprobar cómo ha evolucionado el entorno afectado por la marea negra para reparar en lo mucho de demagogia y catastrofismo que se dispensó en dosis masivas para incendiar el ambiente. La plataforma Nunca Más, una metamorfosis de la izquierda y el nacionalismo gallego radical, atrajo sin duda a ciudadanos que no estaban por la estrategia de alteración de ese grupo. El *Prestige* recuperó para la izquierda el gusto por la agitación callejera y el aprovechamiento de una desgracia en beneficio político; una oposición exasperada por su incapacidad que empezaba a confiar más en su poder en la calle que en las urnas, lo que siempre ha sido un peligro. Junto al trabajo que realizó Loyola en la Comisión Europea, hay dos nombres que quiero recordar. Uno es Manuel Fraga, presidente de la Xunta de Galicia, que soportó injustas descalificaciones. Otro es, sin duda, Mariano Rajoy, que, como vicepresidente del Gobierno, coordinó todas las actuaciones de la Administración y dirigió la respuesta del Gobierno en el Parlamento poniendo en evidencia el uso sectario que la oposición hizo de la catástrofe. Fue un gran trabajo político. Luego, Rodolfo Martín Villa fue designado comisario para hacerse cargo de esa coordinación. Nuestro compromiso con Galicia se plasmó en el plan que aprobamos en el Consejo de Ministros que tuvo lugar en La Coruña el día 24 de enero de 2003. El «Plan Galicia» supuso una inversión de más de doce mil millones de euros. El alcalde de la ciudad, Francisco Vázquez, cedió el ayuntamiento para celebrar el consejo. Vázquez siempre tuvo

una actitud de colaboración que valoré muy sinceramente y agradecí en aquellas circunstancias en las que pocos parecían resistirse a intentar obtener réditos partidistas. Los resultados de las elecciones municipales en Galicia y, en especial, en las localidades más directamente afectadas fue muy bueno. Al parecer, a juicio de los ciudadanos, nuestros aciertos para Galicia habían superado nuestros errores.

Durante mucho tiempo dio la impresión de que todos en España compartíamos un consenso muy amplio sobre el euro. No era del todo así, sin embargo, y sobre el asunto existían en los años noventa posiciones diversas. En particular, no todo el mundo era partidario del euro y de que nuestro país se incorporara a él, o de que lo hiciera en aquel momento. Los no partidarios argumentaban algo que es imposible de negar, como es la existencia de una tradición histórica de la economía española en la que prima la alternancia de periodos de crecimiento intenso con otros de contracción acusada.

Cuando el ciclo económico era expansivo, España solía conocer picos de crecimiento más altos que los demás países europeos, mientras que, al producirse una contracción, la economía española sufría más que el resto. En realidad, esto tenía su causa en que la economía española no había sido capaz de encontrar un punto de estabilidad a partir del cual hacer frente a las diferentes fases del ciclo. España tenía una carencia de cultura de estabilidad. Acudía periódicamente a devaluaciones para tratar de ganar competitividad artificialmente, y mostraba una clara incapacidad para crear empleo. La consecuencia era esa tendencia a mostrar picos de actividad y de depresión económica.

Antes de 1996, la última manifestación de este estado de cosas se puede encontrar en la crisis de 1992 y 1993, cuando en España se destruyen más de millón y medio de empleos. En 1992, España estaba en un gran momento. Fue el año de

los Juegos Olímpicos de Barcelona y de la Exposición Universal de Sevilla. Aquel gran escaparate respondía sin duda a una realidad social y económica, y al gigantesco cambio ocurrido en España desde hacía quince años. Ahora bien, al mismo tiempo, y sin que mucha gente quisiera enterarse, había empezado a golpearnos una crisis muy seria que acabó estallando en el año 1993. Ese año la peseta se devaluó tres veces en apenas nueve meses. La situación de fragilidad de la moneda provocó un viaje de González a Alemania para pedir a Helmut Kohl apoyo a la peseta.

Por eso mismo, había personas que pensaban que no era obligatorio establecer una moneda única. Bastaría con establecer unos tipos de cambio más o menos fijos, y esos mecanismos ofrecerían suficiente flexibilidad en cuanto a las reformas necesarias. Por otra parte, había un temor bastante generalizado, dadas la historia y las circunstancias españolas de aquel momento, de que España fuera incapaz no ya de cumplir los criterios establecidos para entrar en el euro, sino de salir adelante una vez dentro del marco de dicha moneda.

Desde un punto de vista estrictamente económico, no les faltaba razón a quienes advertían de estas dificultades. Pero al hacerlo aplicaban un criterio sólo económico, cuando el establecimiento de la moneda única y la entrada en el euro eran también decisiones políticas de la máxima importancia. Y para España era fundamental estar en ese proceso. Corríamos el riesgo de no llegar a tiempo, con lo que nos habríamos quedado descolgados como un país periférico, o ultraperiférico, al margen del proceso económico y político europeo, que es nuestro espacio natural.

Estas dudas se trasladaron a los hechos y, cuando llegó el momento de instaurar un nuevo espacio económico con la moneda única, España no cumplía ninguna de las condiciones requeridas. Era necesario un cambio económico y cultural

de gran calado que propiciara la estabilidad del país. También era imprescindible un liderazgo político particularmente consistente, alejado de los problemas que aquejaban a los gobernantes de aquellos años. Efectivamente, entonces España era más que nada un caso de desorden y falta de rigor y disciplina: en cuanto al déficit, en cuanto al endeudamiento y en cuanto al desempleo, entre otras muchas cosas. No es de extrañar que se plantearan muchas dudas en relación con nuestra capacidad para estar entre los países fundadores del euro.

Algunos de estos problemas se habían planteado ya en las negociaciones del Tratado de Ámsterdam, alcanzado en 1997, que institucionalizó un nuevo proceso para la toma de decisiones.

Empezamos aquellas negociaciones en una posición difícil. En 1994, Felipe González, bajo presidencia griega, había conseguido que la Unión asumiera un compromiso en relación con la mayoría cualificada necesaria para aprobar una decisión, en una Unión que pronto se iba a ampliar a dieciséis miembros. El compromiso —conocido como el compromiso de Ioánina, por la ciudad griega en la que se alcanzó— preveía que en las negociaciones de Ámsterdam el consejo tendría en cuenta la posición de los Estados miembros que antes podían formar una minoría de bloqueo y que ya no podrían hacerlo. Concretamente, se hacía referencia a la posición singular de España. El compromiso estaba muy bien en su espíritu. El problema era que no tenía letra: nunca se llegó a poner por escrito ni a ratificar. Fue un acuerdo verbal, alcanzado en el momento y olvidado el minuto después.

Cuando llegué a Ámsterdam puse sobre la mesa de negociaciones la existencia de aquel compromiso. Nadie parecía acordarse de Ioánina, ni de Grecia, ni de nada de lo que había ocurrido allí. No sólo eso, sino que los países grandes aplicaron la táctica negociadora habitual de los Consejos Europeos:

cerraron todos los acuerdos sustanciales y dejaron para lo último la cuestión más conflictiva —en este caso, la planteada por nosotros—, a la espera de que nos viéramos obligados a ceder por la propia presión ambiental y el deseo generalizado de llegar a un acuerdo. Fue entonces cuando yo les pedí a Abel Matutes, nuestro ministro de Exteriores, y a Marcelino Oreja, entonces comisario europeo, que informaran a los alemanes y al presidente holandés de turno de la Unión de que yo no estaba dispuesto a dar por bueno el acuerdo sin que se tomaran en cuenta las reclamaciones de España. Abel y Marcelino me miraron con estupor, pero hicieron lo que les pedí.

Para España, la cuestión de la participación venía siendo crucial desde el primer momento por razones específicas. Nosotros no somos, evidentemente, un país pequeño, pero tampoco tenemos la dimensión suficiente —en particular en cuanto a población— para formar parte del grupo de los mayores. España siempre estaba en una posición delicada, en la que no se sabía muy bien si era el pequeño de los grandes o el grande de los pequeños. La cuestión, para mí, estaba bien clara. El lugar de España era con los grandes. España tenía y tiene que estar entre los grandes. Y con eso paralizamos el Consejo de Ámsterdam.

Estábamos todos sentados en torno a una gran mesa cuando el primer ministro holandés, Wim Kok, tomó la palabra para decir que, en relación con el proceso de toma de decisiones, podíamos dar por cerrado el acuerdo porque todo el mundo estaba a favor. Levanté la mano —una solitaria mano en medio de una sala muy concurrida por la presencia de todas las delegaciones— y recordé que quedaba pendiente el asunto de España.

«¿Y cuál es el asunto de España?», me preguntaron. «El asunto es que España no puede aceptar el acuerdo tal como ha quedado sustanciado porque España tiene unas circunstan-

cias específicas que es imprescindible resolver antes de continuar. No daré mi aprobación al tratado si no se resuelve este problema.» El consejo se paralizó. Helmut Kohl ejerció de Kohl; se levantó, se me acercó, me dio un toque en la espalda y los dos salimos de la sala donde se estaba celebrando la reunión. De pie, apoyados en una mesa, le expliqué con detalle la situación.

Algunas personas del equipo de la presidencia holandesa revoloteaban alrededor, cada vez más nerviosas. Les dije que no había salido a hablar con ellos, sino con el canciller Kohl. Nos marchamos a otra sala, a la que se acercaron luego otros primeros ministros, entre ellos Tony Blair. Allí redactamos el borrador que sirvió de base para el acuerdo posterior. Una vez redactado, lo revisamos, lo modificamos y, cuando acabamos, Kohl y yo regresamos a la mesa de negociaciones.

Se aprobó un protocolo, que tiene rango de derecho primario en la Unión Europea, con el siguiente texto:

«Se acuerda que, hasta la entrada en vigor de la primera ampliación, se prorrogará la Decisión del Consejo de 29 de marzo de 1994 (“compromiso de Ioánina”) y que, antes de esa fecha, se encontrará una solución al caso especial de España.»

Aquel acuerdo fue fundamental para los intereses de España. Fue la base de la posición española negociadora para el Tratado de Niza. Sin esa declaración habríamos seguido en el limbo de Ioánina y no habiéramos podido conseguir todo lo que logramos en el año 2000 en cuanto a peso político e institucional en la Unión Europea.

En lo personal, aquel consejo me labró una cierta fama de negociador duro y tenaz. Tony Blair se hace eco de ello en sus estupidas memorias, *A Journey*. Recuerda cómo, en pleno momento de tensión, cuando el acuerdo parecía descabalar por mi negativa a ceder en la defensa de los intereses de España, se me acercó y me preguntó: «José María, ¿qué vas a hacer

ahora?». «Pues me voy a fumar un puro.» «¿Y después?» «Pues tengo otro.»

La posición política de España en Europa se vería reforzada aún más gracias a la buena marcha económica del país. Así quedaría acreditado en la negociación de la Agenda 2000, que tuvo lugar en Berlín, en 1999, bajo la presidencia alemana.

Las reuniones previas al Consejo Europeo de Berlín no apuntaban bien para España. La decisión de congelar los presupuestos de la Unión había llevado a la presidencia y a la Comisión a rebajar de forma sustancial nuestras demandas y expectativas. Sobre todo en comparación con lo logrado en 1993, cuando Felipe González, tras una buena negociación, había conseguido importantes cantidades para España en concepto de fondos de cohesión. Claro que entonces se vivía una fase de expansión de los presupuestos europeos. El problema de Berlín, y el desafío para nosotros, era que la tarta era más pequeña.

El contexto era el de siempre: ya antes del consejo, todos los participantes estaban de acuerdo en todo, salvo algunos pequeños detalles que se podían arreglar allí mismo. El único problema serio era el que se nos planteaba a nosotros, porque, a consecuencia de la congelación del presupuesto, querían reducir nuestra parte, y eso era algo que yo no estaba dispuesto a aceptar.

En realidad, los problemas empezaron nada más iniciado el consejo, cuando se trató el asunto de los idiomas en los que se podían registrar las patentes. Tan sólo estaban previstos tres: inglés, alemán y francés. Fue entonces cuando los españoles aclaramos que había que incluir el castellano. Sin el español —advertimos— no íbamos a llegar a un acuerdo. Así empezaron las maniobras, que ya nos conocíamos muy bien, en las que se ponía en escena la unanimidad de todos los presentes..., salvo aquel señor, el presidente del Gobierno espa-

ñol. Y así era. Hubo que quedarse solo dos veces en un día, y eso no era fácil, pero había que resistirse a esas tácticas de presión de Schroeder. Yo no estaba de acuerdo con aquella decisión. Sigo sin estarlo hoy en día y, de hecho, el desacuerdo continuó durante mucho tiempo, hasta que en tiempos de Rodríguez Zapatero el Gobierno español cedió y aceptamos lo que quisieron imponernos.

Después llegamos al asunto de los presupuestos, que prometía un enfrentamiento más de fondo. La reunión sobre el asunto fue muy breve porque de inmediato se puso en marcha lo que se llamaba la táctica del confesionario. Consistía en que la presidencia iba llamando a los presentes país por país. En estas conversaciones casi particulares se iban arreglando los asuntos de cada uno. En nuestro caso, la presidencia no nos llamó hasta el último momento. Cuando nos sentamos, se nos vino a decir que todo el mundo estaba de acuerdo con el nuevo reparto de los fondos, y que ahí se acababa todo. Yo les pregunté si eso era todo lo que tenían que decirme. «Así es», me respondieron. «Pues bien, en ese caso la respuesta va a tener que ser negativa.» Nos levantamos y la conversación acabó ahí.

Cuando en la reunión del consejo se anunció que no habíamos llegado a ningún acuerdo, se abrieron negociaciones entre España y la presidencia, y entre la presidencia y otros países. Fueron largas y complicadas. Hubo un momento en el que yo ya no sabía si sentarme o ponerme de pie o pasearme por los pasillos. Así que para cambiar me senté en el piano que había en el *hall* del centro de convenciones. Tal vez fue para ver si sonaba alguna tecla... Por allí iban pasando Javier Elorza y Abel Matutes. Pero yo no estaba dispuesto a ceder. Al final, en el bar, sobre las cuatro o las cinco de la madrugada, alcanzamos un compromiso. Allí mismo Schroeder y yo nos estrechamos la mano, y luego explicamos el acuerdo en una rueda de prensa a las seis de la mañana.